

Debate
sobre la ponencia de Horacio Crespo

Juan Carlos Torre, Carlos Altamirano

Juan Carlos Torre

Más que una pregunta, voy a hacer un comentario conectado con la temática de la ponencia. Si uno suspendiera todo juicio de conexión inmediata con la experiencia *Pasado y Presente* y tomara la hipótesis de Crespo como hipótesis destinada a pensar o a llamar la atención sobre la singularidad de un fenómeno, tal vez habría que acotar cronológicamente la cuestión. Esto es, tomar, si uno quiere, la experiencia de la revista *Pasado y Presente* y el papel de José Aricó, en 1963-1966. Es decir, del número uno al número nueve. Si uno quiere añadir, puede ver lo que se genera como fenómeno editorial aún después de que *Pasado y Presente* haya dejado de salir, antes de que Aricó se instalara en Buenos Aires. Porque una vez que se instaló en Buenos Aires, la cuestión se complica aun más. Ésa sería una primera cuestión.

En la exposición Crespo describía bien algo que Nun

llamó el espacio ecológico. Uno podría hablar, o más bien preguntarse acerca de las relaciones entre un cierto espacio ecológico, ideológico y político; es decir, sobre qué conexión hay entre estos espacios. Dentro de ese marco, la conexión entre dos tipos de élites, políticas e intelectuales, y hasta qué punto en algunos casos fueron una sola cosa. Y hasta qué punto, entonces, cabe la reserva que hacía Nun, ciertas élites intelectuales se tomaron por élites políticas.

Otro tema es qué papel asignar dentro de este esquema a las representaciones de sí que tenía este grupo y, en particular, a las representaciones que Aricó asignaba a su grupo y a la ciudad de Córdoba, porque, y en eso sí parecía un político, hacía de la necesidad virtud. Es decir, Córdoba era aquello que respondía a su visión político-intelectual del momento. Turfín, en su momento de visión consejalista; la ciudad de frontera, cuando repiensa toda la cues-

tion desde una posición en la que, evidentemente, ha jugado un papel su descubrimiento de América Latina, donde su experiencia mexicana es importante aun cuando no comienza allí.

Entonces, qué papel asignar, no diría a una teoría de la ciudad de Córdoba..., en realidad, había más bien una serie de imágenes, más que estudios, donde ciertas ciudades, en particular las ciudades italianas, funcionaban metafóricamente. Uno podría, si hiciera una exploración erudita, encontrar que había una preocupación por tomar, en el lenguaje marxista, la "cuestión nacional", entendiéndolo por esto también reconocer —y esto lo dice Aricó en un editorial, no en el primero sino en el segundo de la revista— las particularidades regionales de la Argentina. Planteándose que no se podía hablar homogéneamente de la sociedad argentina, y que hay zonas de la Argentina en que los argentinos se parecen más a los peruanos y a los boliviana-

nos, y hay zonas en que se parecen más a los uruguayos, y así sucesivamente.

Estas intuiciones no fueron nunca más allá de esto; quizás hubieran requerido convertirse en hipótesis, en tema de investigación, pero eso no existió. Entonces, volviendo a lo que decía Nun, Aricó fue más un promotor intelectual que un dirigente político. Con el agregado de que al haber estado tan atraído por la política y por la reflexión política, tal vez no se abandonó a la investigación de algunas de sus hipótesis intelectuales y, por el contrario, se vio muy atraído por alguna de sus hipótesis políticas. Si uno recorre simplemente los números de *Pasado y Presente* de ese período, va desde una visión más togliattista, llamémosle así, que es la que está en el primer número, a una visión debrayista, donde la revolución cubana tiene un papel importante, a una posición obrerista, consejalista, que es la del número final.

Tal vez, si no se hubiera visto atraído por tantos estímulos —pero éstas son preguntas que uno hace siempre después, porque siempre se sintió atraído por estímulos equivalentes—, algunas de las intuiciones que estaban contenidas en la revista hubieran podido ser desarrolladas. Si uno vuelve a la reinstalación de Aricó después del exilio, parece retomar su reflexión sobre Córdoba y asignarle una singularidad, en la que se

modifican los anteriores términos de referencia..., pero ahí se abre otro capítulo.

Carlos Altamirano

El trabajo de Crespo y las hipótesis que plantea pueden ofrecer una vía de ingreso en el intento de articular un curso intelectual que se caracteriza por dos cosas: primero, que no es sencillo, tiene coartadas, desvíos muy sutiles al que uno, releyéndolo, empieza a encontrarle cierta consistencia mayor; segundo, creo que se inserta en una estructura de muy larga duración que habría que tratar de determinar precisamente, y que recorre distintos momentos políticos e intelectuales.

Me parece que más que pensar a Aricó como intelectual cordobés, yo evocaré el título de Agosti referido a Aníbal Ponce: *Tres Ciudades: Buenos Aires, París, Moscú*. En el caso de Aricó se podría explorar Córdoba, Buenos Aires y México. Y el retorno a Buenos Aires, que creo que es un período intelectual —estoy hablando de los textos de Aricó, de las intervenciones por todos conocidas— extraordinariamente complejo, muy difícil de introducir dentro de los otros momentos. Uno podría pensar en función de ciudades y en función de los imaginarios de ciudades de Aricó, que están circulando permanentemente. Cuando decide que

Córdoba se parece a Turín, encuentra ahí una representación alucinada y, al mismo tiempo, un programa. Sin embargo, sabemos que esta metáfora turinesa no va a perdurar. Aparecen los textos sobre la comuna rural rusa, las discusiones con los populistas rusos; no parece nada casual que es el mismo momento en que Mariátegui parece ofrecerle un nuevo modelo. Es decir, la idea que aparece en el texto de Aricó sobre Mariátegui: la fascinación de éste cuando llega a Italia y entiende Perú; lo entiende porque esa realidad escindida, dualizada, le evoca aquello que él no había podido comprender en su propio país. Entonces, la presencia de Mariátegui, este Marx menor, es muy importante, diría que fundamental, dentro de lo que llamaría, muy tentativamente, la construcción ideológico-cultural donde creo que Aricó se instala en su práctica intelectual y en su práctica política —aunque ahí le va a ir mal— como un articulador.

Al final se inventa una especie de Córdoba que le viene bien para instalarse: Córdoba es de frontera y él es de frontera. Pero esta frontera es muy curiosa, es una frontera que cose, articula, que recompone. Si uno verifica la cantidad de veces que en el discurso de Aricó aparecen las palabras recomponer, suturar, creo que se puede demostrar que él se construye en sus textos, y en buena parte de su práctica, como este suturador. Es por eso

que en *Pasado y Presente* pueden aparecer las insinuaciones de Oscar del Barco, que es quien recomienda a Lacan, Artaud, Lévi-Strauss, la fenomenología, etc. Pero creo que es ahí donde cobra sentido lo que cita Crespo en su ponencia, que todo esto es posible sobre la base del gramscismo. El gramscismo es el límite, es el *non plus ultra*.

La pregunta es: ¿qué quería decir el gramscismo para

Aricó? Era el límite, pero al mismo tiempo también una posibilidad de, como decía y escribía, que el marxismo se conectara con lo más novedoso, de manera que se lo tiene que poner a dialogar con todo. En este dialogar con todo aparece la función de articulador.

Finalmente, la última preocupación, eso de Taborda, la democracia comunal, Viena, el papel que ocupa en sus

charlas, en sus lecturas, la fascinación por la aparición de los libros sobre Viena en esos años. Ahí está detectando otra ciudad rara a partir de la cual pensar ya no sé muy bien qué cosa. Creo que puede ser útil, estimulante, pensar estas figuraciones en términos de ciudades reales, pero más aun que en ciudades reales, en ciudades construidas en su pasaje por la escritura de Aricó. □